

tido era pobre: nada tenia que esteriormente lo distinguiese. Cuando se presentó para entrar al palacio, el portero, que no lo conocia, lo retiró groseramente, creyendo ser algun pobre, y le dijo: "ya hace mucho tiempo que entraron los demas pobres, retírate, y no incomodes á estos señores." Todo el concurso gritó al portero, ¡qué haces, desgraciado! este es el arzobispo, es tu señor á quien corres. El portero, confundido por su desprecio, quiso ocultarse; pero el santo arzobispo lo contuvo, y le dijo sonriéndose: "No temas, amigo mio: tú no me disgustas en esto: me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio poco conveniente á un pobre como yo." Gobernó su diócesis con un celo infatigable; pero tuvo mucho que sufrir, porque la Iglesia de Magdeburgo se habia entregado á una gran relajacion, y se aplicó á establecer allí una esacta reforma. Sus esfuerzos fueron felices con respecto á muchos; pero tuvo tambien enemigos á quienes no pudo ganar: ¿por qué, decian ellos, hemos llamado á este extranjero, cuyas costumbres son tan contrarias á las nuestras? Le llenaban de injurias, y trataban de desacreditarle para con el pueblo: su furor llegó hasta el exceso de buscar medios para quitarle la vida. Norberto sufría todo con una inalterable paciencia, y con este motivo decia á sus amigos: ¿es acaso admirable que el demonio se revele contra mí, cuando se ha atrevido á quitar la vida al mismo Jesucristo, nuestro gefe? Su caridad, su dulzura y su perseverancia, triunfaron, por último, de todos los obstáculos. Murió lleno de trabajos y de fatigas, despues de haber llenado todos los deberes de un buen pastor.



(AÑO 1110 DE JESUCRISTO.)

FUNDACION DE LA ORDEN DEL CISTER.



LA órden del Cistér fué establecida ácia el mismo tiempo que la del Premostre, y no fué menos célebre, ni menos útil á la Iglesia. San Roberto, su fundador, habia abrazado el estado religioso desde la edad de quince años. Con el designio de guardar un retiro mas esacto, y de practicar la regla de San Benito, sin mitigacion alguna, fué á establecerse con algunos compañeros que tenian el mismo fervor, en el bosque del Cistér, á cinco leguas de Dijon. Este era un desierto, cuya sola vista causaba horror, y que era habitado por béstias salvages; pero cuanto mas espantosa era á la naturaleza esta soledad, mas propia parecia al deseo que ellos tenian de ocultarse y de no vivir sino para Dios. Se pusieron á desmontar el terreno, y fabricaron, para alojarse, celdas de madera; de suerte, que mas era en realidad un conjunto de cabañas, que un monasterio. Aquí estos santos religiosos inmolaban sin cesar sus cuerpos á Dios con los rigores de la penitencia, y sus corazones con el fuego de la caridad. Frecuentemente les faltaba el alimento, porque el trabajo no bastaba para procurarles lo necesario; y no obstante, ellos rehusaron los ricos presentes que el duque de Borgoña queria hacer les; tanto estimaban la pobreza. Aunque este nuevo instituto era muy afamado por su fervor, permaneció muchos años sin

hacer notables progresos. Era como un árbol que arrojaba profundas raíces antes de elevarse y estender sus ramas. Dios se complacía en quitarle por todas partes todo lo que la virtud puede tener de mas brillante á los ojos de los hombres. Un señor jóven, llamado Bernardo, vino á consagrarse al retiro con treinta compañeros que habia ganado para Dios, y que conducia al Cistér como preciosos despojos que él habia quitado al mundo que renunció. Bernardo nació en el castillo de Fontaine, en Borgoña. Como reunia en su persona las gracias esteriore del cuerpo á las raras cualidades del espíritu, se habian concebido de él las mas bellas esperanzas. Desde sus primeros años todo el mundo se le manifestaba risueño; pero él formó la generosa resolución de sacrificarlo todo por Dios: sus hermanos y sus amigos, luego que supieron su designio, hicieron los mayores esfuerzos para disuadirlo; pero se mantuvo firme, y aun llegó á inspirar la misma resolución á los que se le habian manifestado mas opuestos. Se fué por fin al Cistér, seguido de todos sus hermanos, escepto el menor, que dejó á su padre para consuelo de su vejez. Luego que partieron, el mayor de los hermanos, viendo en la calle al menor, que jugaba con otros niños, "tú serás, le dijo, el único heredero de nuestra casa: nosotros te dejamos todos nuestros bienes." "¡Cómo! le respondió el niño, ¿los bienes del cielo son para vosotros, y me dejais á mí los de la tierra? La repartición no es igual." Él permaneció por entonces en su casa; pero despues vino á reunirse con sus hermanos. Desde que Bernardo entró al Cistér, se vieron brillar en él las mas sublimes virtudes: se

aplicó de tal modo á mortificar todos sus sentidos, que parecia haberse vuelto un hombre enteramente espiritual. Se reprendia á sí mismo haber probado el alimento que le era necesario tomar, y la comida era para él un tormento. Su recogimiento habia sido tan profundo, que despues de haber permanecido un año entero en el aposento de los novicios, salió de él sin saber cómo estaba construido: velaba una gran parte de la noche, considerando perdido el tiempo que dedicaba al sueño: él sostenia con su ejemplo el fervor de sus compañeros, y reanimaba el suyo recordando los motivos de su conversion, y diciéndose frecuentemente á sí mismo: *Bernardo, ¿con qué motivo has venido aquí?* Estas cortas palabras le inspiraban un nuevo valor para llenar los deberes de la vida religiosa.

SAN BERNARDO ES NOMBRADO ABAD DE CLARAVAL.




El ejemplo de San Bernardo atrajo tan gran número de religiosos al monasterio del Cistér, que por ser estrecho para tantos, se fundaron muchas abadías; entre otras, la de Claraval. El lugar en donde se construyó esta abadía, era un desierto, que se llamaba antes el valle de Asinto, cuyos bosques habian servido mucho tiempo de guarida á los ladrones; pero se convirtió entonces en guarida de santos. Bernardo fué en ella nombrado abad, y se llevó consigo doce religiosos; pero este número se aumentó bien pronto considerablemente. El santo

abad habia acostumbrado decir á los que admitia entre los novicios: si vosotros quereis entrar aquí, dejad fuera el cuerpo que habeis traído del siglo: esta casa no está abierta, sino únicamente para sola la alma. En efecto, la regla que se observaba allí, era sumamente austera. Como era muy pobre al principio el monasterio, no se comia allí sino pan hecho de cebada y de mijo: el guisado era hecho con hojas de haya cocidas. A pesar de tan escaso alimento, estos santos solitarios vivian contentos: el amor de la penitencia sazónaba estos manjares groseros. No se conocian en Claraval otros ejercicios que la oracion y el trabajo de manos. Aunque la comunidad fué numerosa, el silencio de la noche reinaba en ella durante el dia: este silencio imprimia tal respeto á los seglares, que no osaban ellos mismos tener ningun discurso profano en este santo lugar. Se veían hombres que despues de haber sido ricos y honrados en el mundo, se gloriaban en la pobreza de Jesucristo, y que sufrían con gusto las fatigas del trabajo, la hambre, la sed, el frio y las humillaciones. El santo abad se hallaba en todas partes á su frente: él mismo hacia mas de lo que exigia que ellos hiciesen: tenia tan alta idea de la vida religiosa, que al principio de su gobierno le eran de mucho peso las mas pequeñas imperfecciones, que no se pueden absolutamente evitar en esta vida, y que él no queria encontrar mas que ángeles en aquellos que gobernaba; pero Dios le hizo conocer que se engañaba, y supo despues acomodarse á las debilidades de la humanidad, y dirigir sus religiosos á la perfeccion por caminos diferentes, segun las diversas medidas de la gracia que reconocia

en cada uno de ellos. San Bernardo santificó toda su familia: tenia en su compañía á todos sus hermanos: Teselén, su padre, vino tambien en su vejez á tomar el hábito monástico en Claraval. No le quedaba en el mundo sino una hermana casada, y muy apegada al siglo: sin embargo, deseando ver á su hermano, vino al monasterio con un aparato soberbio, y una numerosa comitiva. El santo abad rehusó verla en tal estado: esta repulsa la llenó de vergüenza y confusion. “Aunque yo no sea, dijo, sino una pecadora, Jesucristo tambien ha muerto por mí: si mi hermano desprecia mi cuerpo, que como siervo de Dios no desprecie mi alma: venga, pues, él y mándeme, que estoy pronta á obedecer.” Entonces San Bernardo vino á verla. Quedó tan conmovida con sus conversaciones, que renunció la vanidad; y dos años despues, habiendo obtenido el consentimiento de su marido; entró al monasterio de Jully, que acababa de fundarse para las mugeres, y en donde murió santamente.

CELEBRE FAMA DE SAN BERNARDO.

——

SAN BERNARDO se hacia de dia en dia mas célebre por sus talentos y por sus virtudes, que fueron bien pronto recompensadas con el don de hacer milagros. Hizo el primero en favor de un gentil-hombre, pariente del santo abad. Este hombre cayó enfermo, y perdió á un mismo tiempo el conocimiento y la habla. Su familia estaba muy aterrorizada

porque el enfermo habia cometido antes algunas injusticias. Llamaron á San Bernardo, el cual aseguró que el enfermo volveria á ponerse en su conocimiento, si se reparaban los daños que habia hecho. Se hizo inmediatamente la reparacion, y el santo abad fué á ofrecer el santo sacrificio. Antes que acabase la misa, el enfermo comenzó á hablar libremente, y pidió que le llevasen un confesor: se confesó en efecto, derramando abundantes lágrimas: recibió los sacramentos, y tres dias despues, murió con grandes sentimientos de penitencia. Vino un dia una muger á encontrar al santo abad, y le presentó á su hijo, que desde su nacimiento tenia una mano seca y el brazo dislocado. San Bernardo tuvo compasion de esta muger, y la dijo que pusiese á su hijo en tierra: despues, habiendo dirigido á Dios una ferviente súplica, hizo la señal de la cruz sobre el brazo del niño, que al instante quedó sano y corrió á abrazar á su madre. Habiéndose difundido la fama de estos milagros, le traían desde muy lejos, enfermos de toda especie, ciegos, paralíticos, y los curaba, tocándolos, ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Las conversiones que hacia eran prodigios no menos admirables. Nada resistia á su elocuencia persuasiva, ó mas bien al espíritu divino que le animaba. Una numerosa concurrencia de señores jóvenes, que iban á buscar las fiestas y las diversiones, tuvieron la curiosidad de ver, al pasar, la casa de Claraval. El santo abad los recibió con bondad; y para apartarlos de los peligrosos placeres á que corrian, los convidó á que permaneciesen allí algunos dias, hasta la cuaresma, que estaba próxima; pero no lo pudo conseguir. "Yo espero,

les dijo, yo espero que Dios me concederá lo que vosotros me negais." Al mismo tiempo les hizo presentar un féretro, y los exhortó á que cuidasen de la salud de sus almas. Ellos se reían, y en seguida partieron; pero apenas estaban á alguna distancia del monasterio, cuando recordando lo que S. Bernardo les habia dicho, se sintieron mudados. Volvieron á Claraval, y abrazaron todos la vida religiosa. La reputacion de San Bernardo hizo nacer en muchas Iglesias el deseo de tenerle por pastor. Le ofrecieron el arzobispado de Milán, el de Reims, el obispado de Langrés y el de Chalon. Rehusó constantemente todas estas dignidades; y el respeto que los soberanos pontífices tenian á su virtud, les impidió siempre hacer violencia á su modestia. El humilde solitario no deseaba mas que sepultarse en su retiro, instruir á sus religiosos, y adelantar él mismo en los caminos de Dios; pero el crédito que sus luces y su santidad le daban, turbó muchas veces su soledad. De todas las provincias ocurrían á él, y su celo le obligaba á tomar parte en todos los negocios de la Iglesia: él era á un mismo tiempo el refugio de los desgraciados, el defensor de los oprimidos, el azote de los hereges, el oráculo de los soberanos pontífices, el consejero de los obispos y de los reyes; en una palabra, el hombre de la Iglesia, siempre pronto á sostener sus derechos, á defender su unidad, y á combatir sus enemigos.

ell m